

Una aproximación literaria –de la poesía de Emily Dickinson al terror de Stephen King– a las tierras de Nueva Inglaterra, corazón patriótico e ideológico de Estados Unidos

# Príncipes de Maine, escritores de Nueva Inglaterra

DANIEL VÁZQUEZ SALLÉS

Velámenes de púrpura se mecen  
Con suavidad en mares de narciso;  
Marineros fantásticos se esfuman  
Y queda el muelle en la quietud sumido

En su poema *Poniente*, Emily Dickinson describió una escena cotidiana en un puerto. Frente a ella, esos mares de narciso, espejos del color de la nieve de sus cielos y del amarillo del gélido sol, engullen los barcos cargados de marineros y dejan el puerto baldío. A espaldas de la poetisa, el lector avezado inventa otro mar, las tierras de Nueva Inglaterra, corazón patriótico e ideológico de los Estados Unidos, como así lo enuncian las matrículas de los coches de algunos de sus estados: Massachusetts, espíritu de América; New Hampshire, vive libre o muere.

Situada en el nordeste del país, el viajero advierte, mientras recorre montes, valles o playas, el fervor patriótico de sus ciudadanos cautivo en sus maneras ásperas. La personalidad de los habitantes de Nueva Inglaterra es fría, esquiva,

fruto quizás, de tener en su ADN ese toque de distinción tan anglosajón. Dentro y fuera de los dominios de la cultivada y altanera Boston, de la portuaria e introspectiva Portland, de la opulenta Newport, por poner tres ejemplos de urbes de primera clase, el viajero puede llegar a sentirse un desterrado de por vida. Como si esa zona geográfica descubierta por John Smith en 1614, con un cuerpo de seis corazones, Connecticut, New Hampshire, Massachusetts, Rhode Island, Vermont y Maine, y sus respectivas capitales, Hartford, Manchester, Boston, Providence, Montpelier y Augusta, fuera territorio prohibido para los seres foráneos. Instinto de supervivencia o quizás, ese espíritu puritano del *Mayflower* que aún perdura en las formas de muchos de sus ciudadanos.

Fue en 1620 cuando recaló en el nuevo continente el *Mayflower*, barco en el que viajaban 102 puritanos llegados de Inglaterra. Tras una travesía de 66 días, los colonos desembarcaron exhaustos, pero al

En las imágenes de esta página y las siguientes, detalles del cuadro 'Harbour 9' (1999) del pintor estadounidense Alex Katz (Nueva York, 1927). En la página 5, al final del texto, puede verse la obra al completo  
© ALEX KATZ / CORTESÍA DE LA GALERÍA TONI TAPIES



fin tenían la posibilidad de llevar a cabo el deseo de crear una nueva Jerusalén y así, purificar la religión cristiana de los desastres a los que la habían abocado el poder, el lucro y la usura vaticanista y anglicanista. Una vez en tierra, fundaron Plymouth, la primera colonia desde la que empezaron a extenderse por el territorio y a implantar sus principios morales y sus ansias de libertad, el origen del *american way of life*. Al sudoeste, por los lagos de Connecticut. Al sudeste, por las planicies de Rhode Island bañadas por el mar. En el centro, por los valles y bosques de Massachusetts que se deslizan hasta dejarse abrazar por la península del Cape Cod. Al norte, por las montañas blancas y los lagos de New Hampshire, con las playas de Hampton cerrándoles el paso. Al noroeste, por las onduladas tierras de labranza y las cotas nevadas de Vermont. Al noreste, por las tierras altas de paisajes bruscos de Maine, en equilibrio perfecto con las preciosas bahías y estuarios de la costa.

No es extraño que fuera en Nueva Inglaterra dónde naciera el término WASP (*white anglosaxon protestant*), marca racial que los distingue de otras etnias que llegaron tarde pero con igual ímpetu a una tierra ya domesticada. Ellos, *los wasp*, disfrutaron y disfrutaron de un estatus especial por ser descendientes de los primeros colonos, esos que descansan en cementerios como el Granary Burying Ground de Boston, en cuyas lápidas están inscritas las hazañas de los que allí reposan: Samuel Adams, John Hancock y Paul Revere, héroes de la independencia, Jabez Smith, ciudadana, fallecida de parto en 1673. El *wasp* es el escudo con el que se protegieron de los inmigrantes irlandeses, italianos y alemanes que llegaron en el XIX, y de los latinoamericanos en el XX. El catolicismo y otras religiones habían clavado su pica en el Flandes del protestantismo, pero seguían siendo ciudadanos de segunda como cualquier viajero que haya estado de paso.

Ya nos lo advirtió Norman Mailer en su novela *Los tipos duros no bailan*. La tenebrosa historia protagonizada por Tim Madden en los parajes de Cape Code da a entender que Nueva Inglaterra no es una tierra para débiles, y que no todos son capaces de soportar esa sociedad, lucha entre axiomas agarrados entre sí como si estuvieran celebrando una pelea de lucha libre escrita por John Irving o por su autor favorito Garp. Así, la disciplina colectiva pelea con la libertad individual. El conservadurismo con el progreso. Una lucha que hace del oxígeno veneno para asmáticos introspectivos, enfermedad muy común entre creadores. Un escritor, John Cheever, nacido en Quincy, un pueblo de Massachusetts, fue uno de estos asmáticos, razón por la cual decidió instalarse en Nueva



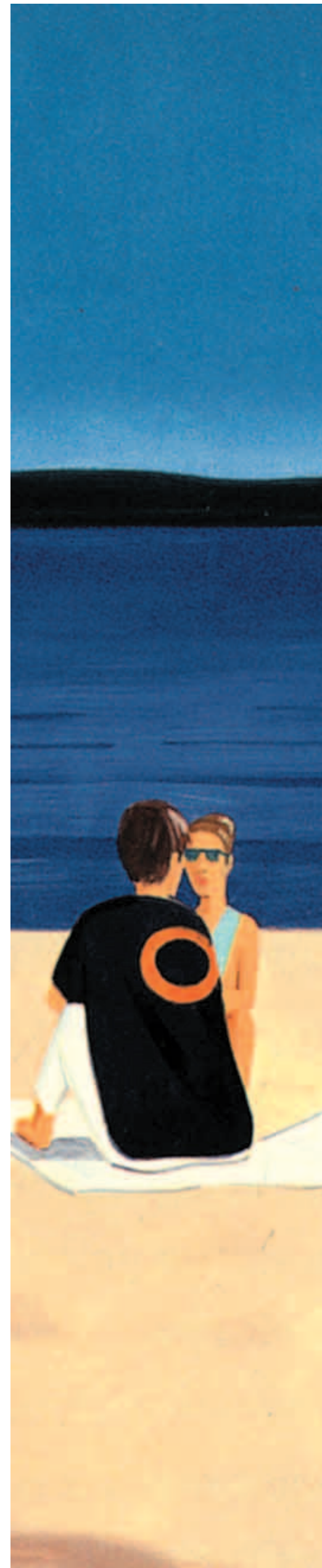
York tras ser expulsado de la academia militar. Un creador como Cheever, poco dado al optimismo vital y con una vida sustentada en las contradicciones, nadar por el bien y el mal, y encima, a contracorriente, tenía tantas posibilidades de acabar exhausto como Ned Merril, burgués cargado de dudas y protagonista de su relato *El nadador*.

Pero para los que resistieron y resisten, siempre quedará la imaginación o Boston, pulmón intelectual y económico cuyas paradojas de ciudad a caballo entre la modernidad y la decadencia fueron tan bien reflejadas por Henry James en las *Las bostonianas*. Ese paraíso para sufragistas de finales del XIX, ha sido un verdadero balneario liberal para los que han huido de ciudades como Manchester, cementerio de elefantes fulminados por los mandamientos bíblicos y ahora por la televisión basura y el colesterol. Manchester es la América profunda, y está a tan solo sesenta millas de Boston, la joya de la corona. Lo fue bajo el cetro del rey de Inglaterra, y lo fue bajo la tutela de los Kennedy, irlandeses, católicos y ricos, la monarquía que la América industrial estaba esperando y cuyos logros y contradicciones fueron desgranados con precisión por

### La personalidad de sus habitantes es fría, esquiva, fruto quizás de ese toque de distinción tan anglosajón

Peter Collier y David Horowitz en la biografía *Los Kennedy*.

La historia de Boston es dura y épica, aunque el *show business* nos la haya vendido con textura de algodón de azúcar. Por suerte, nos quedan los libros para mostrar que se esconde bajo el *Sendero de la libertad*. Si uno decide seguir el Freedom Trail, línea roja que recorre los lugares de Boston que tuvieron una importancia capital durante la guerra de la Independencia, entenderá lo que significa la urbe en la historia americana. El Freedom Trail parte del parque público Boston Common y termina en Bunker Hill, lugar en el que un obelisco conmemora la batalla de 1775, la primera en importancia de una ciudad en confrontación con el despótico recaudador inglés. Por el camino, veremos las huellas de Franklyn o Adams. Veremos la Boston Latin School, el origen de centros académicos como Harvard University. Veremos la Old Corner Bookstore. Y es allí, donde nos detendremos por una razón de peso: Nueva Inglaterra debe tanto a sus literatos como estos a ella. Ese edificio restaurado fue la sede entre 1832 y 1865 de la editorial Ticknor and Fields Publishing House y el lugar de reunión de los trascendentalistas liderados por el poeta y >





> ensayista Ralph Waldo Emerson. Ese grupo tenía su residencia en Concord, ciudad cercana a Boston y de obligada visita para quien tenga interés en pisar el cementerio de Sleepy Hollow donde reposan Louis Mary Alcott, Nathaniel Hawthorne, Henry David Thoreau o del mismo Emerson. Juntos en la muerte, juntos en vida. Alcott, Hawthorne y Thoreau fueron tres asiduos a las reuniones celebradas en el Old Corner Bookstore. Guiados por Emerson, formaron un grupo compacto y pusieron de manifiesto su fidelidad al trascendentalismo, movimiento en estrecha relación con el romanticismo inglés.

“Cada espíritu construye en sí mismo una casa, y sobre esa casa, un mundo. Sabed entonces, que el mundo existe para vosotros”, escribió Emerson.

El trascendentalismo situaba las leyes de la naturaleza antes que los dogmas religiosos, el humanitarismo antes que las convenciones, el sueño antes que el determinismo, el individualismo antes que las férreas estructuras sociales. Los escritores adscritos a él fueron, a la postre, los catalizadores de ese personaje tan admirado por los norteamericanos como ha sido el héroe, y por ende, el antihéroe, hombres o mujeres que luchan por una causa. Herman Melville y Mark Twain, hijos adoptivos de Nueva Inglaterra, hicieron de sus novelas *Moby Dick* y *Las aventuras de Huckleberry Finn*, dos claros exponentes de este movimiento. El colérico capitán Ahab o el incansable Huck representan al individuo solitario enfrentado a las normas de la naturaleza. Uno es la oscuridad, el otro es la luz. Con otra diferencia fundamental. Si bien Twain escribió el relato en Hartford, Connecticut, pero la trama la desarrolló en la orilla de su añorado río Misisipi, Melville utilizó los paisajes portuarios de Portland y las experiencias de sus gentes para desarrollar la historia del *Pequod*, el barco capitaneado por Ahab. Melville vivía en una granja cerca de Pittfield, Massachusetts, desde la que entabló una gran amistad con Hawthorne y al que dedicó su obra maestra. El escritor de *La letra escarlata* fue su gran influencia literaria e intelectual y su gran valedor en los estrictos círculos literarios de Boston.

*La letra escarlata*, la novela más inmortal de su autor, es una obra arraigada como pocas a la historia de América. Encuadrada en la puritana Nueva Inglaterra del XVII, el libro cuenta la historia de Hester Prynne, una mujer condenada a llevar en su pecho la letra A de adúltera por haber dado a luz una hija sin padre. Hawthorne conocía al dedillo esa sociedad intransigente. El escritor era natural de Salem, y su antepasado, John Hathorne, apellido real del autor, fue uno de los jueces de una historia que forma parte del infausto memorial america-

no. Y es que decir Salem es recordar la obra teatral de Arthur Miller *Crisol*, estrenada en 1953, y en la que, en clara alegoría al mcarthismo, se narran los juicios a los que fueron sometidos en 1692 doscientos aldeanos de Salem, la mayoría mujeres, a los que acusaban de brujería con pruebas fantaseadas por hombres corrompidos por una fe fanática y paranoica.

En el caso de Emily Dickinson, fue otra A, la de aislamiento, la que llevó grabada en su pecho por culpa de su amor imposible hacia dos hombres: el comerciante Benjamín F. Newton y el pastor presbiteriano Charles Wadsworth. El primero le abrió los ojos a la literatura con libros denostados por el puritanismo, Dickens, Barret Browning, Keats, entre los condenados. El segundo, un hombre casado, convirtió sus ansias amorosas en una reclusión sin escape. A diferencia de su coetánea Harriett Stowe, Dickinson jamás hizo públicos sus amores y sus inquietudes literarias. Stowe, natural de Lichtfield, Conneticut, era hija de un predicador calvinista muy influyente en los círculos de Boston. Tras vivir su adolescencia en Cincinnati, Harriett tomó conciencia del proble-

### Ya lo advirtió Mailer en su novela ‘Los tipos duros no bailan’: Nueva Inglaterra no es tierra para débiles

ma de la esclavitud y se unió en matrimonio a Calvin Stowe, cura protestante y luchador incansable del abolicionismo. Convertida en Harriett Stowe, se instaló en la localidad de Brunswick, Maine, lugar desde el que redactó *La cabaña del tío Tom*, obra escrita por entregas en el periódico abolicionista *National Era*, y que la convertiría en una de las escritoras más prominentes de su país. “So you’re the little woman who wrote the book that started this Great War”, le dijo Lincoln al coincidir en 1862. Una frase tan célebre como la poesía de su coetánea Emily Dickinson, la cual, a diferencia de Harriett Stowe, hizo de sus escritos un secreto hasta la muerte.

“Morir sin morir y vivir sin la vida, es el más arduo milagro propuesto por la fe”, escribió.

Las influencias literarias de Dickinson fueron varias. Se cuenta, cuando ya había decidido recluírse en su casa vestida de sepulcral blanco y en el cofre de su memoria los difuntos Newton y Wadsworth, que la poeta asistió a una charla de Emerson y quedó fuertemente impresionada. Sus imágenes, fruto de una intensa observación de la naturaleza, o los temas poetizados, –el amor, la muerte, la inmortalidad– son prueba de ello. Pero para una hija de Amherst, Massachusetts, inmersa en una realidad no

apta para mujeres despresurizadas, escribir era una quimera. Quizás fue esa la razón por la que el poeta Thomas Higginson, aún consciente de la genialidad de la autora, le aconsejara no publicar su obra por temor a las encorsetadas convenciones literarias de la época. O quizás fue ella misma la que abortó cualquier posibilidad de dar a conocer en vida sus escritos por su intolerancia a plantearse nuevos horizontes alejados de Amherst. Fallecida en 1883, fue su hermana Vinnie la que descubrió los dos mil poemas que la autora guardaba bajo llave y que convirtieron sus series de *Poesía completa* en una obra de culto.

Leyendo a Dickinson, es imposible no acordarse de Marion Cole, la protagonista inicial de *Una mujer difícil*. Dos mujeres, una real, otra de ficción, que permiten hacer un viaje de un siglo con el mismo paisaje melancólico de fondo. El dolor de Marion por la pérdida de sus hijos adolescentes no tendría esas lágrimas enlutadas sin esos paisajes demasiado pulcros y hermosos para un ser derrotado. Las historias de John Irving se alimentan de esa tierra y han logrado algo sumamente difícil; abstraerse de lo correcto creando un universo mágico con unos personajes, Jenny Fields, Susie the Bear, Wilbur Larch, que permiten abordar con agilidad los terribles dilemas de la gente de Nueva Inglaterra con la que convive el autor afincado en Vermont. *Doble pareja*, *El mundo según Garp*, *Hotel New Hampshire*, *Príncipes de Maine*, *Reyes de Nueva Inglaterra*, *Una oración por Owen*, *Una mujer difícil*, o la última y la más biográfica, *Hasta que te encuentre*, son historias que gravitan alrededor de unas constantes: la búsqueda del padre, la iniciación al sexo, la mujer madura, la reivindicación de la libertad, la excentricidad como tabla de salvación. Sin disimulo, Irving se presenta desnudo ante sus conciudadanos con ese punto de realismo cabalista que le permite avenirse con los abortistas en *Príncipes de Maine*, *Reyes de Nueva Inglaterra*, con el niño enano trazado a imagen y semejanza de un Cristo desfavorecido en una *Oración por Owen*, o empatizar con el incesto en *Hotel New Hampshire*. Muchos, incluyendo a algunos de los miembros de Exeter, su ciudad natal, querían ver a Irving quemado en la hoguera de los fabuladores infieles, a pesar de que los haya literaturizado y a la postre, eternizado de la misma manera que ha eternizado escenarios como el Philips de Exeter, centro en el que estudiaron los difuntos Thomas y Timothy Cole, siempre recordados por Marion y Ruth Cole.

Es probable que sea voluntad de dios, el puritano, que Nueva Inglaterra haya sido la cuna de tres grandes escritores americanos de terror: Edgar Allan Poe, Howard Phillips Lovecraft y Stephen King.



Quizás sea un guiño o una casualidad el primer relato que escribió el adolescente Garp sea de terror, en el que dos jóvenes enamorados son asesinados por el enterrador y padre de la chica al confundirles con ladrones de tumbas. Si en Nueva Inglaterra los tipos duros no bailan, sus claroscuros si son idóneos para que esos tipos se mueran de pánico.

Cuentista, poeta, crítico y editor, la vida de Edgar Allan Poe es la ficción hecha realidad, y con más o menos suerte –Mathew Pearl y *La sombra de Poe*–, son muchos los libros que han tratado de resolver el misterio de su muerte. Nacido en Boston en 1809 pero criado en Virginia y Baltimore, Poe siempre tuvo una íntima relación con su ciudad natal. Debido a su faceta de escritor y de redactor y editor del *Southern Literary Messenger* o del *Graham's Magazine*, Poe viajó con asiduidad a Boston y fue allí dónde publicó su primer libro de poemas *Tamerlane and Other Poems*. Poe, que se consideraba por encima de todo un poeta –*Al Aaraf* o *Poems*, fueron sus siguientes obras– fue uno de esos fabuladores capaces de afrontar un decathlon literario y vencer en todas las pruebas. Decía Cortázar que admiraba a Poe por la economía de medios que utilizaba para llegar al objetivo. Influenciado por Hawthorne, Byron y Scott, y con una única novela en su haber, *Las aventuras de Arthur Gordon Pym*, el bostoniano fue el modernizador del relato corto de terror y fantástico –*El manuscrito hallado en una botella*, *La caída de la casa Usher*, *El entierro prematuro*–, el precursor de la novela policiaca –*El escarabajo de oro*, *Los crímenes de la calle Morgue*–, el impulsor del relato metafísico –*El coloquio de Monos* y *Una*–, tres triunfos literarios con los que mostró un dominio total del tiempo narrativo y una malévola capacidad para que el lector se identificara con la psicología torturada de sus personajes.

“Y mi alma, del fondo de esa sombra que flota sobre el suelo, no podrá liberarse ¡nunca más!”

Si su coronación literaria fue el extenso poema *El cuervo*, fueron sus incondicionales, su traductor Baudelaire y los simbolistas franceses, los que hicieron de Poe el padre putativo de un sinfín de literatos, entre ellos, H.P. Lovecraft, su alumno más aventajado.

“Yo soy Providence”, está escrito en la lápida de Lovecraft en el cementerio de Swan Point. A pesar de que las huellas de sus antepasados se remontan al *Mayflower*, tras la lectura temprana de *La Ilíada*, conmocionado ante ese cielo panteísta, Lovecraft se declaró ateo, y, libre de ataduras, dedicó su tiempo a inventar historias llenas de hadas, duendes y demás seres fantásticos como protagonistas, fijación que el tiempo, una existencia plagada de tenebrosas especula-

ciones, una vida con escasos aditivos sentimentales y una capacidad narrativa extraordinaria, le convirtieron en el gran innovador del relato de horror del siglo XX. Lovecraft era un tipo de una magna cultura sometida a un racionalismo empirista, cuyos conocimientos viajaban de la astronomía a la literatura, de la filosofía a la arquitectura. Todos ellos están presentes en los relatos publicados a lo largo de su vida en diversas revistas. Su etapa más productiva fue la última. Tras fracasar su matrimonio con Sonia Greene, Lovecraft volvió a Providence, periodo en el que escribió sus mejores relatos para la revista *Weird Tales: La llamada de Cthulhu*, *En las montañas de la locura*, *El caso de Charles Dexter Ward*. Lamentablemente, Lovecraft murió de cáncer a los 37 años y en la ruina, y fueron sus incondicionales los que lograron que su obra no se perdiera por esos mundos tenebrosos que el escritor había descrito en sus cuentos. Esa lápida, “Yo soy Providence”, fue erigida por sus fieles con la intención de rescatarle del anonimato de un cementerio.

Sin Lovecraft, no existiría el escritor de Portland Stephen King. Desde su casa de Bangor, Maine,

## Tres grandes del terror norteamericano, Poe, Lovecraft y Stephen King, tienen su cuna en Nueva Inglaterra

muy cerca de Bar Harbor, magnífico paraíso de bahías y estuarios, King se ha convertido en el escritor más prolífico del universo y ha sido capaz de crear mundos extraordinarios, a pesar de que algunas de sus historias denotan cierta precipitación. *Carrie*, *El resplendor*, *The Tommyknockers*, *Misery*, *La torre oscura*, sus libros se alimentan de una gran imaginación y de oscuros pasajes que han empañado la historia de Nueva Inglaterra y de los Estados Unidos. Es un maestro a la hora de emplear el miedo, el terror o lo fantástico para somatizar al lector ávido de sufrimiento. Esta fascinación empezó de niño, cuando descubrió en casa de su tía una caja con docenas de libros de terror y de ciencia ficción que habían pertenecido a su padre Donald King, el hombre que había abandonado a la familia cuando Stephen tenía dos años. Prueba fehaciente de que como todo hijo de vecino, los príncipes de Maine, escritores de Nueva Inglaterra pertenecen a la patria de su infancia. |

